BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO CCXX

MADRID
TOMO CCXX - CUADERNO II
MAYO - AGOSTO DE 2023

EL DESASTRE DE ANNUAL DE 1921. UNA RECONSIDERACIÓN HISTORIOGRÁFICA

El presente texto corresponde a la intervención de su autor en la conferencia celebrada en la Real Academia de la Historia el día 14 de diciembre del año 2021, que tuvo el privilegio de estar presidida por su directora, la Excma. Sra. Dña. Carmen Iglesias Cano. Vaya por delante nuestro sincero y sentido agradecimiento a dicha meritoria corporación y a su insigne directora por haber hecho posible esa ocasión para conmemorar el llamado Desastre de Annual de 1921 al cumplirse su primer centenario.

Dentro de ese marco conmemorativo, la pretensión básica de esa exposición era ofrecer una serie de consideraciones generales y actualizadas sobre el contexto histórico que permite explicar y comprender aquel trágico episodio de verdadera transcendencia para la historia contemporánea española. Esta versión escrita mantiene en lo esencial el carácter de aquella ponencia oral que, por su misma naturaleza, imponía la adopción de una perspectiva muy general, interpretativa y valorativa, puesto que trataba de abordar lo que, a nuestro leal pero siempre falible saber y entender, eran los aspectos más importantes y relevantes del acontecimiento conmemorado. A tono igualmente con su origen en formato de intervención oral, hemos prescindido en la versión impresa de toda nota bibliográfica que pudiera interrumpir la lectura del texto de manera continua y seguida. No obstante, para posibilitar al lector interesado la tarea de ampliar sus conocimientos o cotejar críticamente la información aportada, se adjunta al final del trabajo una breve selección de autores y obras inexcusables que sirven de apoyatura a las tesis historiográficas planteadas y sumariamente reflejadas.

Debemos partir de la premisa de que el Desastre de Annual de 1921 constituye la mayor y más abrumadora catástrofe militar sufrida por el arma de Infantería del Ejército Español en el siglo xx. Y resulta equiparable por su importancia histórica a la completa derrota sufrida por la Marina española en la guerra contra Estados Unidos del infausto año de 1898. Por eso precisamente lo llamamos del mismo modo y utilizando la misma categoría de "desastre" militar sin paliativos.

No fue, desde luego, la única catástrofe militar sufrida por un ejército europeo en aquellos mismos tiempos de expansión y redistribución colonial, centrada

particularmente en el continente africano. Baste recordar los dos severos reveses sufridos por el ejército británico antes de finalizar el siglo XIX en el mismo continente: el primero en Sudáfrica en 1879 durante la guerra anglo-zulú con su abrumadora derrota en la batalla de Isandlwana (que provocó 1.300 muertos en sus filas); el segundo ante las milicias islamistas en Sudán en 1885 (cuando la toma de Jartún fue seguida de la aniquilación de sus 7.000 defensores, incluyendo al general Gordon). Algo similar sería el caso de Italia poco después, con la humillante derrota que sufrió su ejército ante los etíopes en la batalla de Adua de 1896 (con su cosecha de 5.900 bajas mortales italianas). Y finalmente debe recordarse el llamado e intencionalmente ocultado "Annual" de Francia en Marruecos en 1925, cuando los insurgentes rifeños aplastaron sus posiciones en torno al río Uarga (y provocaron más de dos mil muertos o desaparecidos entre las fuerzas coloniales francesas).

En todo caso, es cierto e indudable que el Desastre español de Annual de 1921 fue verdaderamente la mayor catástrofe militar de ese periodo y contexto, siquiera sea por el número total de muertes cosechadas, por la amplitud del territorio afectado y por las duraderas implicaciones internas e internacionales que conllevó. En esencia, como hemos de ver con mayor detalle, esa apabullante derrota militar fue una sucesión de combates perdidos, con retiradas (o, mejor dicho: huidas y desbandadas), que sufrió el ejército español desplegado en la zona oriental del entonces Protectorado de Marruecos, en el área perteneciente a la Comandancia Militar de Melilla. Tuvo lugar entre los días 21 de julio y 9 de agosto de 1921, en lo que era un tórrido verano norteafricano con altas temperaturas y abrumadora sequía, como era natural en la zona por su régimen climático. El nombre de dicho Desastre debe su origen a un minúsculo poblado que acogía un campamento militar situado a menos de 90 kilómetros al oeste de la ciudad de Melilla, en una pequeña zona de llanura o explanada situada en medio de la imponente cordillera montañosa del Rif. Y la mera descripción de sus características geográficas ofrece ya un primer elemento explicativo de lo que iba a pasar en el verano de 1921 en aquel remoto lugar cuyo extraño nombre llegaría a convertirse para la opinión pública española en un símbolo y emblema de catástrofe militar y tragedia humana.

En efecto, Annual es una de tantas planicies o lomas dispersas en el seno de la gran cadena montañosa del Rif, que se extiende en paralelo a la costa mediterránea del noreste de Marruecos, con alturas medias superiores a los 1.500 metros a muy poca distancia de la ribera marítima. Aunque también hay otras cadenas montañosas en todo el norte de Marruecos (por ejemplo: las montañas de Yebala, al sur de Ceuta), el Rif es claramente la mayor cordillera de la zona, con una orografía muy complicada que alterna cumbres inhóspitas, valles y quebradas profundas y pequeñas vegas o lomas, siempre con difíciles accesos de tierra batida y sendas casi sólo aptas para el paso del ganado. Es un territorio, por tanto,

muy accidentado y escarpado, repleto de suelos áridos, casi sólo propicios para la ganadería extensiva, y con pocas zonas fértiles para el cultivo agrícola. Y es también un territorio sometido a un clima mediterráneo semidesértico, que alterna períodos de sequía muy dilatados, donde el agua no sólo escasea, sino que desaparece, y ocasionales tormentas espaciadas y torrenciales en los meses invernales. Esa zona norteña marroquí, articulada por el imponente Rif, era precisamente el área destinada a España por el Convenio hispano-francés de 27 de noviembre de 1912, que establecía las bases para la implantación del Protectorado conjunto de Francia y España en el viejo imperio jerifiano de Marruecos.

MAPA 1. EL PROTECTORADO ESPAÑOL EN MARRUECOS.

Fuente: J. Martínez Reverte. *El vuelo de los buitres. El Desastre de Annual y la guerra del Rif*. Madrid: Galaxia Gutenberg, 2021.

Llegamos así a un punto clave a la hora de entender el origen, morfología e implicaciones del Desastre de Annual de 1921: ¿cómo llegó España a estar involucrada en las guerras de Marruecos desde comienzos del siglo xx? La respuesta a esta cuestión es fácil de enunciar: la implantación del Protectorado español sobre el norte de Marruecos definida por el convenio hispano-francés de noviembre de 1912 fue el resultado final de casi tres décadas de discusión internacional sobre la llamada "cuestión marroquí". Es, por tanto, como han recordado muchos analistas, siguiendo el pionero estudio de Morales Lezcano, un episodio más del proceso de expansión imperialista iniciado en el último tercio del siglo xix, que terminaría con el casi completo reparto de África entre las potencias coloniales europeas en vísperas de la Primera Guerra Mundial de 1914-1918. Hasta esa fecha, Marruecos estaba organizado y dominado por el llamado imperio jerifiano,

a cuya cabeza estaba en Marrakech un sultán cuyo linaje (los jerifes) se decía que descendía directamente del profeta Mahoma y su familia. El sultán actuaba así como autoridad religiosa y civil, en calidad de príncipe de los creyentes y vértice de una administración (el Majzén) que trataba de asegurar la paz en las regiones naturales de Marruecos, divididas por agrupaciones de tribus (o cabilas) formadas a su vez por clanes y linajes de familias de fuerte implantación y arraigo local o comarcal.

La crisis de esa administración jerifiana, patente ya durante la segunda mitad del siglo XIX, fue propiciando la intervención en Marruecos de las potencias europeas que estaban repartiéndose África dentro del contexto general de redistribución colonial que precedió a la Gran Guerra del 14. Entre esas potencias destacaba, ante todo, la presión de Francia, que desde Argelia (ocupada ya en 1830) estaba extendiendo su poder sobre todo el África sahariana y subsahariana, prácticamente desde Senegal en la costa atlántica hasta la Somalia francesa en la costa del Índico. Tras ella, la presión de Gran Bretaña, que desde Gibraltar vigilaba la entrada y salida del mar Mediterráneo y no estaba dispuesta a permitir que la costa opuesta en el norte de África fuera controlada por otra gran potencia peligrosa para su dominio marítimo. Y ahí estaba la baza española para frenar a Francia en sus apetencias norteafricanas. A continuación, como segundonas, operaban la intervención de Italia y de Alemania, que también buscaban su parte del pastel africano: Italia teniendo que contentarse con Libia y Alemania aspirando a tener un pie en la costa atlántica marroquí además de sus posesiones en el África subtropical. Y ambas también usando la baza española para frenar las apetencias contrapuestas de Francia y Gran Bretaña en el área del Estrecho. Y, finalmente, debemos contar la intervención de España, que tenía bajo su jurisdicción las ciudades de Melilla (desde 1497) y de Ceuta (desde 1580) y estaba preocupada por su seguridad en caso de reparto del imperio jerifiano por parte de las otras grandes potencias. Además de tener presencia en el sur de Marruecos como potencia colonial de Ifni y el Sáhara español, prácticamente enfrente de las islas Canarias.

En ese contexto de intereses de las grandes potencias que se repartían África, la solución a la "cuestión marroquí" se abrió a partir de la Conferencia de Algeciras de 1906, que por iniciativa conjunta franco-británica básicamente encontró una fórmula para contentar a casi todos en su debida proporción. En primer lugar, se autorizaría a Francia la implantación del Protectorado de la mayor parte de Marruecos, respetando la autoridad interior del sultán y el Majzén, a tono con su predominio en el área sahariana circundante. En segundo orden, se concedería a España el control del norte de Marruecos como "subarrendataria" del Protectorado en la zona, también respetando la autoridad del sultán y el Majzén, impidiendo así que una gran potencia hiciera sombra a la seguridad británica en Gibraltar. Y, en tercer lugar, para limitar el excesivo control francés, británico

o español en esa área, se desgajaría del Protectorado conjunto franco-español una zona internacional y libre: la crucial ciudad y puerto de Tánger, que pasaría estar dirigida por un comité de control en el que participarían Francia y España, pero también Gran Bretaña, Italia y Alemania. Básicamente ese acuerdo fue el que permitió en noviembre de 1912 la firma del convenio hispano-francés para establecer el Protectorado español en el norte de Marruecos.

En definitiva, entre 1906 y 1912, apenas un decenio después de perder sus vetustas colonias americanas en una guerra desastrosa con Estados Unidos, España tuvo que asumir compromisos coloniales en el norte de África por imposición del resto de las potencias europeas, que vieron en la baza española una solución a sus temores recíprocos. Fue una decisión muy difícil de asumir para las autoridades españolas, que eran muy conscientes de que el país carecía de recursos humanos y materiales para afrontar una campaña colonial similar a la recién concluida de manera tan calamitosa en Cuba y Filipinas. Y que sabían que la ciudadanía española no quería de ninguna manera compromisos militares de ese tipo después de esa experiencia lacerante y traumática. En palabras certeras del historiador José Manuel Allendesalazar:

> España, como país europeo, es arrastrada a este juego y su peso en el proceso colonial se ve de pronto artificialmente exagerado, como pieza de regateo en el complejo mercado europeo. Alemania, Francia e Inglaterra utilizan la baza española para frenarse mutuamente en la cuestión marroquí.

De hecho, como apuntan todos los estudios disponibles, tanto de la época como posteriores, la idea de colonizar Marruecos suscitaba una enorme oposición por parte de la mayoría de la opinión pública española, especialmente en los sectores más humildes y desfavorecidos. Sobre todo porque esos sectores temían, con razón, el coste potencial de hombres y dinero que habría de suponer esa iniciativa, puesto que serían sus hijos los que no podrían evitar el servicio militar y tendrían que combatir y morir, gastando además en la empresa colonial unos recursos escasos que podrían mejor ir destinados a subsanar sus carencias alimenticias, sanitarias o de vivienda en el país. Por eso es muy ajustado el veredicto historiográfico de Carlos Seco Serrano al respecto:

> Si ha habido alguna guerra especialmente impopular –especialmente odiada– en la historia española, ésa es, probablemente, la de Marruecos. Sin duda, porque resumía todas las contradicciones en que, a la larga, hubo de naufragar la gran empresa política de paz que fue la Restauración en su origen.

En efecto, todos los líderes políticos, conservadores, liberales y republicanos, eran muy conscientes de esa situación de rechazo a la guerra en Marruecos: sabían

que asumir la labor de implantación del Protectorado era una responsabilidad enorme, que quizá excedería las limitadas capacidades de España si requería mucho esfuerzo militar. Pero también asumieron que el riesgo de no atender a la cita significaría la anulación de España en el orden internacional e incluso su desaparición del norte de África, poniendo en peligro no sólo Ceuta y Melilla, sino también Ifni, el Sáhara y acaso las propias islas Canarias. El líder liberal, Práxedes Mateo Sagasta, había visto venir el problema tiempo atrás: "No sólo hay que pensar en los inconvenientes de ir a Marruecos, sino en los peligros de no ir. Preveo todas las consecuencias del paso que vamos a dar, pero ¡qué remedio!". Y otro líder liberal que ya participó directamente en las negociaciones del Protectorado, el conde de Romanones, reconocería la misma línea de pensamiento con posterioridad: "Marruecos fue para España su última oportunidad de mantener su posición en el concierto de Europa". Por eso mismo, por razones de seguridad estratégica y prestigio internacional, los líderes de la Restauración acabaron asumiendo la carga y emprendiendo una aventura que esperaban que no fuera muy costosa ni sangrienta, pero que a la postre acabaría conduciendo a la crisis irreversible de la monarquía parlamentaria. Fue una opción asumida de buen grado por los militares españoles, con el "rey soldado", Alfonso XIII, al frente, que encontraron en Marruecos la ocasión propicia para restañar la herida del 98 con una nueva aventura colonial aparentemente viable y asumible que redundaría en favor del prestigio nacional y el honor patrio. Pero fue una opción muy discutida y progresivamente repudiada por la mayoría de la opinión pública nacional, como bien apreciaría la prensa de la época reiteradamente:

> Contra un país es imposible luchar. Y España no quiere oír hablar de Marruecos. A excepción de media docena de caballeros políticos, de unos cuantos bolsistas de sube y baja y de otros cuantos pescadores en río revuelto, nadie desea ni aventuras, ni provocaciones, ni ocupaciones innecesarias, ni expediciones fuera de tiempo y de lugar. Si España hubiese hecho algo en Fernando Poo y en el Muni; si el país comprendiese que con Marruecos íbamos a resolver algún problema, toleraría una política imperialista; pero como sabe que a Marruecos vamos sin saber ni a qué ni para qué, no lo soporta. [...] Mil veces más peligroso que no ir a Marruecos será el ir (*La Correspondencia de España*, 12 de julio de 1909).

Debemos pasar ahora a considerar cómo era la zona concedida a España en el convenio hispano-francés de 1912. Se trataba de una franja de territorio situada en el norte de Marruecos, con una superficie de unos 25.000 kilómetros cuadrados que iba desde las llanuras costeras de Tánger y Larache por el oeste, a la desembocadura del río Muluya por el este, límite con la Argelia francesa. Tenía en total, como extensión media, poco más de 300 kilómetros de anchura de este

a oeste y apenas 60 kilómetros de profundidad, de norte a sur. Según cálculos fidedignos, no menos del 80 por ciento de esa superficie eran áreas montañosas distribuidas en los dos grandes macizos ya mencionados: a) las montañas de la Yebala, en el oeste (al sur de la ciudad de Ceuta), las de menor altura y mayor porcentaje de tierras llanas y fértiles; y b) las montañas del Rif, en el este (al sur de Melilla), las de mayor altura y suelos más áridos y quebrados. Por eso mismo, los estrategas militares españoles anotaron desde el principio una dificultad logística en sus planes de ocupación de la zona: esa orografía montañosa, junto con su clima semidesértico y escasez de agua, impondría serias cargas a la labor militar encargada de asegurar el control del área. A título de ejemplo, ya en 1909, antes por tanto del inicio de las operaciones, una comisión militar advertía del problema geográfico con implicaciones de seguridad que planteaba la zona:

> Un suelo accidentado en forma de escalones que ascienden de Norte a Sur hasta alcanzar grandes alturas y comprenden el sistema orográfico del Riff y de Andgerah [...] El terreno, más o menos movido, ha de considerarse siempre como quebrado para los efectos militares, pues a la parte montañosa llevarán la guerra con preferencia los adversarios.

No era un juicio errado, como anotaría años después, ya en 1932, uno de los militares involucrados en la ocupación de ese escarpado y abrupto territorio, el general Manuel Goded Llopis:

> [El Marruecos español es un] caos montañoso de difícil acceso para las columnas de un ejército regular, y en el que los movimientos de las fuerzas y el abastecimiento de éstas para la guerra constituyen problemas que sólo conocemos los que con ellos hemos tenido que luchar para sojuzgar a aquellos indómitos y valientes guerreros que, amparados en sus formidables baluartes montañosos, han disputado palmo a palmo el terreno a nuestros soldados.

Claramente, el general Goded no se equivocaba. Para infortunio de los españoles, la empresa de implantación del Protectorado tropezó con un enemigo supremo y crucial: la resistencia armada de las tribus que poblaban el norte de Marruecos. Era una población que entonces sumaba en torno a 700.000 habitantes, en su inmensa mayoría de origen étnico bereber, agrupada en torno a unas 66 agrupaciones tribales (o cabilas) distribuidas en cinco regiones naturales desde la Yebala occidental hasta el Rif Oriental.

Todas las cabilas estaban organizadas por estructuras de linaje de parentesco, mantenían relaciones de antagonismo o cooperación muy cambiantes entre ellas y gozaban de amplia autonomía de gestión interna. Estaban profundamente islamizadas y en parte arabizadas, pero seguían siendo levantiscas respecto a la

autoridad del Majzén y sus funcionarios. Se consideraban a sí mismas "un baluarte del Islam contra la cristiandad" y eran fieramente opuestas a cualquier dominio extranjero y máxime si era de infieles no islámicos. Sólo un 10 por ciento de esa población vivía en ciudades pequeñas, que serían el objetivo expreso del control español, particularmente en la costa marítima. Pero el resto del territorio, que suponían más del 90 por ciento del Protectorado, era campo y montaña donde imperaba el hábitat disperso, con pequeños aduares o caseríos locales y familiares, zonas que eran muy difíciles de controlar de manera permanente.

El gravísimo problema con el que tropezó España en su labor de Protectorado fue precisamente ese: la firme negativa de los supuestamente protegidos a aceptar su nueva condición y a respetar a la nueva autoridad española que decía obrar por orden del Sultán y en nombre del Majzén. Y ese problema fue mayúsculo porque, como ha escrito el historiador norteamericano David S. Woolman en su pionero estudio sobre el tema: "Ninguna potencia imperialista o colonial del mundo ha encontrado jamás enemigo tan formidable como los beréberes del Marruecos español". De hecho, para infortunio de la potencia colonizadora, el problema de la insumisión, resistencia y rebelión de la población del Protectorado se hizo patente desde el principio y adoptó tres formas sucesivas y a veces complementarias, como ha recordado Daniel Macías Fernández y otros expertos en el tema: la actividad de los bandoleros, la resistencia de los muyahidines y la rebelión de "soldados regulares".

La primera manifestación de insumisión fue la derivada de una actividad tradicional complementaria de la economía tribal de subsistencia dominante en el norte de Marruecos: el bandolerismo, entendido como el pillaje ocasional y oportunista en épocas de escasez y de penuria, que exigía compensar los magros recursos disponibles con esas aportaciones cruciales para la supervivencia de los núcleos de población afectados. Era la llamada *razzia* (incursión bandolera inesperada) delimitada temporalmente, hecha por agrupaciones de combatientes (*harkas*) formadas para una acción concreta, una especie de infantería ligera que vivía sobre el terreno y actuaba sin servicios logísticos dignos de ese nombre. Su objetivo: el robo, la rapiña, el botín, el secuestro para obtener dinero en el rescate, etc. Un factor que habría de tener su importancia en el verano de 1921, como anotaría en su concienzudo informe el general Picasso sin reparo: "El botín, [...] el espíritu de rapiña, innato en el moro, y la esperanza de otro más copioso, hizo engrosar los núcleos rebeldes".

La segunda manifestación de insumisión ante los españoles fue la resistencia fundada en motivos religiosos: la lucha contra el infiel, el cristiano, el "rumi" aborrecido y sacrílego por hollar suelo musulmán. Se articuló a través de la declaración de la "yihad" (guerra santa) por parte de algún líder tribal o personaje religioso destacado y, en virtud de su propia naturaleza, se aplicó tanto contra españoles como contra franceses, en su compartida condición de "infieles". Sus

acciones tuvieron más peso militar que las *razzias* bandoleras porque la estabilidad temporal de las agrupaciones guerreras constituidas fue mayor, además de contar con más integrantes. Y, como veremos, Abd el-Krim, el gran líder de la rebelión de 1921, consiguió también dotar de estas características de "yihad" a su campaña militar durante la guerra del Rif.

Finalmente, se registra una tercera manifestación de insumisión anticolonial: la resistencia armada más o menos regular, que sólo se presentó durante y después de la Gran Guerra de 1914-1918, fomentada por los alemanes y los turcos, que llamaron a la insurrección contra los aliados en sus colonias, impulsando el nacionalismo árabe y bereber con ese objetivo de desgaste. No en vano, la Primera Guerra Mundial alimentó también esta forma de resistencia porque la participación masiva de nativos de las colonias en los ejércitos aliados les permitió aprender disciplina y técnica de guerra regular. Abd el-Krim también asumió buena parte de ese discurso nacionalista rifeño y bereber, independentista tanto como islamista, en su rebelión de 1921. E incluso consiguió imponer el nuevo modelo militar aprendido en la Gran Guerra entre los jóvenes de su tribu, la cabila de los Beni Urriaguel, haciendo con ellos un embrión de ejército regular bastante eficaz e inesperado.

Teniendo en cuenta estos antecedentes descritos, puede comprenderse mejor el origen y perfil de lo que se ha denominado con propiedad las "Campañas de Marruecos", el conjunto de operaciones militares que el ejército español hubo de emprender para tratar de hacer efectiva su autoridad sobre el Protectorado. Duraron en conjunto un total de 18 años, empezando realmente en 1909 y terminando en la práctica en 1927. Pero debe subrayarse que la penetración colonial española en el norte de Marruecos no fue un conflicto bélico continuado y sostenido de manera ininterrumpida durante esos casi veinte años señalados. Fue más bien un rosario de incidentes y campañas bélicas intermitentes, cuya intensidad y duración dependió del contexto internacional, de los recursos humanos y materiales disponibles por España y de las dinámicas de cooperación o resistencia surgidas de la propia población bereber de la zona.

En un principio, las autoridades españolas, conscientes de sus serias limitaciones, apostaron por una estrategia de penetración pacífica, negociada con las élites indígenas marroquíes, tratando de ganar su apoyo por medio de intercambios comerciales y provisión de servicios beneficiosos (incluyendo la mera compra de voluntades mediante el pago de pensiones y sobornos para congraciarse con los dirigentes de las respectivas cabilas). Era una opción lógica porque suponía una estrategia que no era demasiado costosa, ni en hombres ni en dinero. En realidad, era la única viable para un país traumatizado todavía por sus desastres cubano y filipino y carente de recursos financieros o demográficos para emprender otras acciones más resolutivas, como hacían los franceses en su territorio. El grave problema pronto revelado fue que esa estrategia civilista y pacífica siempre tuvo

débiles fundamentos y tropezó con un grave obstáculo irresoluble: los supuestos protegidos no querían someterse a las nuevas autoridades coloniales de buen grado, de tal modo que la implantación del Protectorado sólo podía efectuarse mediante la acción militar sostenida. Por eso, desde sus mismos inicios, la acción colonial española fue acompañada de una progresiva escalada militar, de crecientes y más densas operaciones militares, que propiciaron una correlativa espiral de violencia en aumento. En palabras recientes de Francisco Villalobos: "La ocupación y pacificación del territorio, premisas necesarias para la implantación del Protectorado y el inicio de la acción civil, sólo podían efectuarse mediante la acción militar". Una condición que implicaba muchos riesgos potenciales, bien apreciados por el general Carlos Martínez Campos iniciada ya esa escalada al señalar que parecía que "todo el mundo se olvidara de que se estaba sobre un volcán latente y peligroso".

El ciclo de operaciones militares comenzó ya en junio de 1909, tras el llamado "desastre del Barranco del Lobo", que llevó a los españoles a dominar el monte Gurugú, una crucial altura estratégica al oeste de Melilla, desde la que se hostilizaba a la ciudad de manera constante y regular. Vino luego la Campaña del Kert, entre 1911 y 1912, que permitió dominar la llanura de dicho río, acabando con la resistencia del caudillo islámico Mizzián. A continuación, se desarrolló la Campaña de Yebala en 1913, que trató de asegurar la defensa de Tetuán y el hinterland de Ceuta frente a las huestes insumisas del caudillo El Raisuni. Significativamente, ya en esas primeras campañas se evidenciaron defectos de actuación muy notables que a veces provocaron serios apuros coyunturales: exceso de confianza en los mandos, subestimación de la capacidad operativa del enemigo, falta de competencia táctica de mandos y tropas, fallos notorios de los deficientes servicios de información, equipamiento inadecuado para el combate en esos lares, ausencia de conocimiento del terreno y falta de mapas orientativos, muy limitada y precaria asistencia médica, etc. Incluyendo una lección que el Estado Mayor formuló en 1911 y que sería trágicamente olvidada un decenio después: "no practicar ningún repliegue, ni menos retirada, en el mismo día que se ha combatido, aunque el encuentro haya sido favorable. El enemigo aguarda siempre su mayor vigor para estos momentos y es maestro en hacer difíciles estas operaciones".

El estallido de la Primera Guerra Mundial significó un parón en las actuaciones militares entre 1914 y 1918, en vista de los compromisos de las potencias europeas en otros campos de batalla, que reducían su capacidad militar en las colonias. España secundó ese cese de actividad por sus propios problemas internos en aquella coyuntura (triple crisis del año 1917: juntas militares, asamblea de parlamentarios y huelga general) y para no romper su neutralidad en el conflicto apoyando a ningún bando en la lucha europea. Sin embargo, en 1919, tras el final de la Gran Guerra con la victoria aliada sobre los imperios centrales, comenzó

una nueva fase de actividad militar por parte de España que habría de llevar al Desastre de Annual, dos años después.

Los protagonistas de la nueva etapa de acción colonial resolutiva serían dos mandos militares muy notables. Por un lado, el general Dámaso Berenguer, nombrado alto comisario español por su fama de militar responsable, cauto y experto en las complejidades de la política indígena, dados sus muchos años de estancia en Marruecos. Por otro lado, el general Manuel Fernández Silvestre, nombrado comandante militar de Melilla, más veterano que Berenguer, considerado un militar decidido, valiente y muy apreciado por el rey Alfonso XIII, de quien había sido ayudante militar. La estrategia acordada por ambos mandos militares fue aprobada por el gobierno conservador español de entonces (presidido por Manuel Allendesalazar tras el asesinato de Eduardo Dato en marzo de 1921). Consistía en que cada uno de ellos avanzara en paralelo en sus respectivos territorios de manera casi autónoma para lograr un mayor control de sus áreas.

En el caso del general Berenguer, el plan consistía en avanzar desde las posiciones seguras en torno a Ceuta por el este y hacia el sur. Y acabaría logrando la conquista de la ciudad santa de Xauén a finales de 1920 tras vencer dura resistencia en la Yebala por parte de las cabilas dirigidas por El Raisuni, un caudillo local tradicionalista que hasta entonces había convivido mal que bien con las autoridades españolas. En ese éxito, tuvieron importancia crucial dos nuevas agrupaciones militares que ya no estaban formadas por reclutas militares bisoños procedentes de la Península, como era el caso de la mayor parte del ejército español en la zona. Eran soldados expertos y profesionales encuadrados en dos cuerpos diferentes: 1º) El cuerpo de regulares indígenas (los "moros" amigos movilizados como tropa de choque), creado ya en 1911; y 2º) El Tercio de Extranjeros o Legión (nutrido de voluntarios españoles y no españoles), creado en 1920 por inspiración del general Millán Astray, uno de cuyos primeros mandos operativos sería precisamente el entonces coronel Francisco Franco Bahamonde. En todo caso, el control sobre la zona logrado era inestable porque el territorio entre Tetuán y Xauén, que distaban unos 60 kilómetros, seguía poblado por cabileños apenas sometidos y prestos a rebelarse a la primera oportunidad.

En el caso del general Fernández Silvestre, el plan consistía en tratar de avanzar más allá de la línea del río Kert en dirección a la bahía de Alhucemas, el vital punto costero estratégico que permitiría dominar por tierra y por mar el núcleo del Rif, hogar de las tribus más levantiscas, incluyendo la cabila de los Beni Urriaguel. Precisamente la tribu que estaba siendo movilizada por un joven líder, hijo de uno de los jefes de clanes tribales más importantes del Rif, que había recibido formación en España: Abd el-Krim. Para desgracia de los españoles, este nuevo líder contaba con el apoyo de jóvenes rifeños que tenían ya experiencia bélica por haber combatido en la guerra mundial en las filas de tropas europeas, y que prestaban atención al novedoso discurso anticolonial de

Abd-el-Krim, que combinaba el estímulo a la tradición levantisca bandolera con la llamada a la resistencia religiosa islámica y con un discurso nacionalista rifeño independentista. En definitiva, Fernández Silvestre no iba a encontrar la clásica resistencia conocida de *harkas* de bandoleros o de muyahidines islamistas: iba a enfrentarse al embrión de un ejército regular rifeño, con conocimiento de tácticas de guerra moderna y orden y disciplina en sus operaciones. Desconocer ese cambio registrado en las filas enemigas no sería el único error trágico del general Fernández Silvestre en aquel año infausto.

Entre el inicio de la campaña en el verano de 1920 y el mes de enero de 1921, las tropas españolas dirigidas por Fernández Silvestre avanzaron sin grave oposición más de 100 kilómetros hasta llegar a la loma de Annual, en pleno Rif central. Eran poco más de 7.000 soldados, básicamente reclutas de reemplazo venidos de la Península que fueron distribuyéndose a lo largo de una línea de 144 pequeñas posiciones (entre ellos, los "blocaos") de apenas un centenar de hombres que unían Melilla con el campamento base de Annual. En aquella explanada se concentraron más de 3.000 hombres posicionándose para seguir avanzando hacia el norte en dirección a Alhucemas, que parecía posible alcanzar antes del invierno. Así lo comunicó Fernández Silvestre a su superior, el general Berenguer, en abril de 1921, que a su vez trasladó su juicio al ministro de Guerra en Madrid: "La empresa militar de ocupar la bahía no tiene dificultades de gran monta". Era una grave distorsión de la verdadera situación de las tropas españolas, como advertían otros militares más informados o menos cegados por la soberbia y el desprecio hacia el enemigo, como era el caso del teniente coronel Dávila: "Annual no nos dejará dormir, porque todo son barrancadas".

En efecto, el Ejército de Fernández Silvestre mostraba grandes carencias estructurales que le hacían poco efectivo en caso de grave complicación militar. Era una tropa formada por jóvenes reclutas obligados, en su mayoría recién llegados de la Península, sin suficiente instrucción, sin buenos medios de combate, dirigida igualmente por una oficialidad excesiva, desmotivada y sin formación adecuada para su labor. Eran también unas tropas que sufrían de graves carencias médicas y sanitarias. Se calcula que apenas había 22 médicos movilizados con el ejército, apenas 400 sanitarios (muchos en Melilla) y únicamente 4 ambulancias y otras tantas camionetas para evacuar posibles enfermos o heridos. Tras el Desastre del verano de 1921, los informes militares iniciados para depurar responsabilidades revelarían con crudeza esas carencias de las tropas. Por ejemplo, el general Berenguer reconocería entonces que las tropas de Fernández Silvestre habían tenido que "luchar con los mismos, o más deficientes elementos que los moros". Y el panorama no era mejor en el informe posterior del jefe del Estado Mayor del Ejército de África, general Francisco Gómez-Jordana:

> Los hombres sin instrucción; los jinetes sin saber montar siquiera, desprovistos por tanto de conocimiento alguno de su difícil e importante misión; las baterías sin artificieros ni apuntadores y sin municiones que habían de adquirirse en el extranjero o esperarlas de los rudimentarios e imperfectos talleres nacionales; los infantes sin apenas saber manejar su fusil. Un conglomerado en suma de material y de hombres y de donativos, muchos de ellos completamente inútiles, que se iban echando sobre los muelles de Melilla en vertiginoso alud.

No era una valoración exagerada, exculpatoria o desnortada, como demuestra su práctica coincidencia con el juicio posterior de otro testigo y partícipe en las operaciones bélicas en Marruecos entre 1919 y 1921, el entonces comandante de regulares Emilio Mola:

> La tropa y los cuadros de mando, efecto de la forma como se constituyeron las unidades expedicionarias, se desconocían mutuamente; los soldados apenas si habían realizado el tiro de instrucción –del de combate, ni hablar–; los fusiles, en su mayoría, estaban descalibrados; las ametralladoras Colt se encasquillaban a los primeros disparos; a las pistolas Campo-Giro les ocurría otro tanto; no se contaba con reservas de municiones, ni con capacidad de fabricación suficiente; el ganado de carga no tenía doma, ni sus improvisados conductores experiencia; el menaje de los cuerpos no era apropiado para la guerra de montaña...

Además de esos problemas estructurales, las fuerzas de Fernández Silvestre fueron dispersadas en puestos pequeños, aislables en caso de ataque enemigo, sitos en lugares que no reunían buenas condiciones defensivas porque casi todos carecían de reservas de agua (incluyendo Annual) y podían ser hostigados desde las montañas circundantes. El propio comandante pensaba que Annual era "un callejón sin salida" y sabía que era una posición difícil de mantener porque carecía de agua cercana, se podía batir desde las alturas que rodeaban la loma con fuego de fusil y estaba mal comunicada con su retaguardia porque los caminos de acceso eran muy estrechos y estaban cortados por barrancos susceptibles de ser objeto de emboscadas.

Para infortunio del general Fernández Silvestre y de sus tropas, frente a ellos estaba alzándose un verdadero ejército articulado por Abd-el-Krim, que había conseguido reunir frente a Annual y alrededor de las otras posiciones españolas a más de 11.000 combatientes que pronto duplicarían sus filas cuando el fracaso militar español se hiciera evidente. Componían esas fuerzas un núcleo de unos 3.000 soldados de élite disciplinados y con experiencia bélica, que obedecían a su líder en su planificación porque en su mayoría eran de su misma cabila: los

Beni Urriaguel, la tribu dominante en el Rif central, justo al lado de Annual, en zona conocida y casi sagrada. A ellos se les irían sumando los combatientes procedentes de las otras cabilas circundantes en su momento, atraídos por la expectativa del botín tras la victoria y deseosos de expulsar al rumi infiel de sus hogares. Era un embrión de ejército que aplicaría con éxito la estrategia de guerra de guerrillas dictada por Abd el-Krim. En particular, su fórmula máxima: cercar y sitiar a las posiciones aisladas para interrumpir sus suministros y propiciar su rendición por hambre y sed, en un verano tórrido que esas tropas no estaban preparadas para sufrir. La "táctica del cerco y la sed", como bien apuntó Jorge Martínez Reverte en su reciente estudio sobre el tema. Así fue fraguándose el Desastre de Annual de julio de 1921.

Empezó con un revés aparentemente menor. El 1 de julio, los rifeños atacaron con fuerza la posición más avanzada del ejército español, sita en Monte Abarrán. En menos de 24 horas acabaron con sus ocupantes y abrieron la vía que llevaba hacia la loma de Annual. En uno más de sus múltiples e incomprensibles errores de apreciación, Fernández Silvestre consideró esa primera derrota en Monte Abarrán un revés marginal y poco significativo. Y trató de reforzar la seguridad de su campamento base con la instalación el 7 de julio de la posición de Igueriben, otro puesto militar aislado, sin agua de reserva y batible desde las cimas montañosas circundantes. En otra crónica de derrota anunciada, el 14 de julio Abd el-Krim inició el ataque contra Igueriben con su estrategia de asedio para rendirlo con ayuda de un sol abrasador por medio del hambre, la sed y la falta de municiones de repuesto para mantener el intercambio de fuego con los atacantes ocultos desde las cimas o en las proximidades. Y consiguió su propósito: en la tarde del 21 de julio el puesto de Igueriben cayó en sus manos y sólo 33 de sus 300 ocupantes consiguieron huir a la desesperada para llegar a Annual en un estado deplorable. Sólo entonces, caído Igueriben en trágicas condiciones, Fernández Silvestre apreció y fue consciente de su penosa situación estratégica. En la noche del 21 de julio, el general, angustiado, remitió un telegrama urgente al alto comisario informándole de su penosa situación y de su decisión de proceder a una retirada general inmediata y sin condiciones:

> No he acertado a dar a V.E. idea exacta situación en que se hallan mis tropas en Annual, constantemente hostilizadas aguadas que habrán de ser sangrientas, cortada por el enemigo mi línea de abastecimientos y de evacuación de bajas, no disponiendo de municiones más que para un combate, y comprometer mis soldados con todas consecuencias, procede determinaciones urgentísimas que tomaré aceptando toda responsabilidad, teniendo, en principio, idea de retirarme a la línea de Ben Tieb-Beni Said, recogiendo antes posiciones que me sea posible, en donde esperaré los refuerzos que V.E. me envíe, siendo punto de desembarque de ellos Melilla.

Lo que sucedió a continuación aquel funesto 21 de julio de 1921 es bastante bien conocido, sobre todo gracias al informe para depurar responsabilidades políticas e institucionales que elaboró el general Juan Picasso para el Consejo Supremo de Guerra y Marina. El llamado "Expediente Picasso", un impresionante y voluminoso análisis hecho en los seis meses subsecuentes al desastre sobre la base de la toma de declaraciones a casi ochenta testigos supervivientes (jefes, oficiales y tropa refugiados en Melilla). En esencia, según esta fuente y otras coincidentes, Fernández Silvestre decidió tomar una medida que iba en contra de las recomendaciones del Ejército español por ser la maniobra más arriesgada y difícil: la retirada sin combatir. Lo hizo contra la doctrina militar española para el caso y contra la opinión de dos de sus oficiales más preparados: los coroneles Manella Corrales (jefe del campamento) y Morales Medigutía (jefe de la Oficina de Asuntos Indígenas). Lo peor no fue eso. Lo peor fue que no se trató de una retirada organizada, planificada y mínimamente dirigida por el alto mando militar responsable. Fernández Silvestre dio la orden de partir sin esperar a ningún preparativo y la retirada se convirtió por eso mismo en mera fuga, en huida caótica, en desbandada inorgánica y mortífera. El informe del general Picasso es demoledor y no deja de apuntar a la serie de errores, negligencias y graves imprudencias que se combinaron para hacer inevitable un desastre militar mayúsculo:

> Determinada la evacuación del campamento, no obedeció ésta al orden, método ni prevenciones consiguientes a una operación de suyo tan comprometida como una retirada; se dispone apresuradamente, desunidas las fracciones de cada agrupación, incoherente, apremiando la salida de las unidades sin dar lugar a formarlas, provocando, por decirlo así, una precipitada fuga [...]. Y éstas fueron las últimas órdenes dadas por el Comandante general [Fernández Silvestre], que ya desde aquel momento pierde, sin duda, la idea de toda realidad y [...], presintiendo la inmensidad de la catástrofe, parecía ajeno al peligro, y situado en una de las salidas del campamento general, permanece expuesto al fuego intenso del enemigo, silencioso e insensible a cuanto le rodeaba. Y desde este momento empieza un verdadero caos. Se abandona la posición con todos sus elementos, sin órdenes, sin instrucciones, con prisas, sin conocer ni plan, ni dirección, revueltas las fuerzas, confundidas, sin jefes, puede decirse acosados por el enemigo, y sin más idea visible que la de la salvación individual, por la huida vergonzosa en unos, inexplicable en otros y lamentable en todos, siendo inútiles los esfuerzos de unos cuantos para contener esta avalancha, que tan impremeditadamente se había dejado desbordar. Es imposible hacer la descripción exacta de estos momentos de pánico, descrito de tan diversos modos por los diferentes testigos, que de ello no se saca más que una triste impresión de dolor.

Lo que sucedió en Annual no fue, pues, una retirada o repliegue táctico, fue una huida presa de pánico, una fuga desesperada y desorganizada. Y Fernández Silvestre no la dirigió, tan solo asistió a ella antes de perder la vida por un certero disparo enemigo (aunque durante algún tiempo se creyó que había optado por el suicidio avergonzado).

Ante el sorpresivo espectáculo ofrecido por esa fuga inesperada, Abd el-Krim ordenó el asalto a todas las posiciones españolas entre Annual y la ciudad de Melilla, el ataque a todas las 144 posiciones aisladas desperdigadas en esa ruta. Y el espectáculo de disolución de un ejército sin luchar, de flagrante desbandada, hizo que todas las cabilas, entre Annual y Melilla, se sumaran a la guerra contra los españoles derrotados y en fuga desorganizada siguiendo el principio del "sálvese quien pueda". Lo que entonces se produjo fue una masacre sin paliativos porque los rifeños, todos a una y por todas partes, atacaron a la avalancha humana que huía de Annual y de las otras posiciones casi sin presentar resistencia ni combatir. Baste citar una descripción de lo que sucedió en la retirada desde Annual hacia Ben-Tieb recogida por Martínez Reverta:

> Los paisanos de la zona, armados de azadas, de piedras o de palos, empiezan una nueva variante de la guerra total que, seguramente, no es la que Abd el-Krim prefiere. Oleadas de mujeres rifeñas de los aduares próximos, sublevadas por viejos agravios y afanosas de rápidos desquites, acuden al bestial tumulto. Con cuchillos, con palos, y hasta con sus manos, rematarán a los heridos, lapidándolos. Desde las cortaduras se descuelgan nuevos contingentes de verdugos, en su mayoría muy jóvenes y viejos. Van armados de gumías, piedras y de una ira abrasadora. Buscan a los heridos, les acorralan, ignoran sus enloquecidas peticiones de clemencia, y les rematan.

El grave problema fue que la retirada convertida en fuga hacia Melilla no se frenó al llegar a la posición de Ben-Tieb, un fortín que contaba con reservas propias de agua abundante, víveres y municiones suficientes para intentar una recomposición de las líneas de frente y frenar el avance enemigo. El tropel enloquecido de fugitivos de Annual, mezclados tropa y oficiales, no paró en esa posición y continuó su marcha en dirección a Melilla, sin que los pocos jefes y oficiales que trataron de poner orden en el caos fueran obedecidos. Ni siquiera cuando tomó el mando el general Felipe Navarro, segundo del fallecido Fernández Silvestre, recién llegado de Melilla, que también cometió el grave error de evacuar la posición de Dar Drius, casi presa del pánico. Terminó refugiándose el 29 de julio en la posición de Monte Arruit, apenas a 40 kilómetros de Melilla, pero que también carecía de reservas propias de agua o de fuentes cercanas y seguras. En aquel contexto de disolución de un ejército vencido sin luchar, donde hubo múltiples casos de cobardía y falta de disciplina, destacaron los esfuerzos

del Regimiento de Caballería "Alcántara", mandado por el teniente coronel Fernando Primo de Rivera (el hermano del futuro dictador), que protegió con sus cargas de caballería la retirada de las columnas hasta Monte Arruit, pagando un precio sobrecogedor: murieron cumpliendo su deber 28 de sus 32 oficiales y 523 de sus 685 soldados (incluyendo entre las víctimas al propio Primo de Rivera).

En todo caso, el asedio de Monte Arruit, iniciado el propio día 29 de julio, con poco más de 3.000 hombres al mando del general Navarro, fue el último acto de la cadena de desastres militares iniciada en Annual el 21 de aquel mes aciago, que en apenas 10 días había hecho desaparecer toda la presencia militar española en el este del Protectorado, salvo la ciudad de Melila, ella misma asediada y hostigada desde las alturas del Gurugú y otras ubicaciones. Para entonces, todo el frente se había desmoronado como un castillo de naipes. Las crónicas del asedio de Monte Arruit son estremecedoras. Los sitiados reciben no menos de 400 disparos de artillería al día y carecen de medios para reforzar sus escasas defensas porque sólo poseen una ametralladora y catorce cajas de municiones para la resistencia. Por eso Navarro da una orden terminante: sólo puede dispararse a blancos que estén a cincuenta metros para asegurar la puntería. Al principio, pueden comer una vez al día, pero en menos de una semana ya no quedan suministros y deben consumir los mulos y caballos que mueren deshidratados. El problema de la sed es mucho peor porque el hostigamiento de los harqueños impide hacer las aguadas y sólo quedan depósitos para beber una jarra pequeña para cada cuatro hombres en los primeros días. Agotados por el calor extremo sofocante, exhaustos por el suplicio de la falta de agua, carentes ya de víveres y casi de municiones, sin posibilidad de recibir refuerzos rápidos desde Melilla (adonde Berenguer se había trasladado para defender la ciudad de los esporádicos ataques rifeños), el 9 de agosto de 1921 el general Navarro recibió permiso para negociar la rendición de la posición: entregarían sus armas y el fortín a cambio del permiso para evacuar las tropas en dirección a Melilla.

La rendición de Monte Arruit se produjo efectivamente el 9 de agosto de 1921. Pero el pacto de rendición no se respetó. Contra las órdenes de Abd el-Krim, los combatientes de las tribus rifeñas que asediaban la posición (unos 5.000 harqueños ávidos de venganza contra los "rumis") desataron la misma orgía de sangre y venganza que había regado la retirada-huida desde Annual: de los poco más de 3.000 defensores rendidos, mataron o remataron a no menos de 2.668 soldados, dejando sus cuerpos en gran parte mutilados al descubierto como alimento para las alimañas y los buitres. Sólo salvaron su vida el general Navarro y un puñado de oficiales que tomaron como prisioneros. Y se salvaron de puro milagro unos 400 soldados rasos que llegarían a Melilla destrozados y aterrados. En resolución, como señala Martínez Reverte, en Monte Arruit, tras la rendición y con excepción de Navarro y un pequeño grupo de oficiales "los harqueños han machacado a los soldados españoles y han perseguido a los que escapaban hasta

MAPA 2. GEOGRAFÍA DEL DESASTRE DE ANNUAL DE 1921

Fuente: L. C. Sánchez Bueno. "Semblanza de un soldado extremeño en el Desastre de Annual: Vicente Sánchez Marcos". *Revista de Estudios Extremeños*. 74, 3 (2018), p. 1881.

matarlos a gumiazos, a tiros o a pedradas. Nada diferente de lo que ha pasado ya en otras posiciones". En todo caso, "Monte Arruit es el último episodio del desastre de Annual".

En total, entre la caída de Monte Arrabán y la masacre de Monte Arruit, el descalabro iniciado con la retirada de Annual consumiría las vidas de un total de no menos de 7.915 militares españoles, como mínimo, del total de 11.013 soldados desplegados en la zona durante las operaciones, según cómputos recientes del coronel Fernando Caballero Poveda. A veces incluso se apunta que fueron víctimas mortales del derrumbe del territorio de la comandancia de Melilla en torno a 12.000 soldados. Pero parece que esta estimación está sobredimensionada por derivar de los estadillos de tropas oficiales, que no registraban los permisos de ausencia, los cambios de destino y otros factores similares. El número de prisioneros tomados por Abd-el Krim sumó otras 514 víctimas de la derrota, que sufrirían un penoso cautiverio de un año y medio (hasta enero de 1923), pereciendo en el mismo un mínimo de 119, fugándose 75 y siendo rescatados los restantes 320.

Como cabe imaginar, pese a las dificultades de comunicación de la época, la catástrofe de Annual y, en particular, la masacre de Monte Arruit, serían conocidas de inmediato gracias a la floreciente y variada prensa de la época, tanto en

España como en el resto del mundo. Y provocarían una oleada de indignación en la opinión pública española, donde creció un sentimiento de odio al "moro traidor y felón" muy intenso y generalizado. Una indignación genuina, popular, casi transpartidista, al menos inicialmente, que prestó su apoyo a un nuevo gobierno de concentración nacional presidido por Antonio Maura, que asumió el cargo a mediados de agosto de 1921.

Ese mismo sentimiento floreció muy particularmente en las filas de los militares, creando el caldo de cultivo para fomentar una reacción militar española potente, punitiva y abiertamente vengativa. Para eso se había estado concentrando en Melilla desde principios de agosto un contingente de tropas muy numeroso, articulado por las probadas fuerzas de la Legión y de los regulares indígenas. Llegarían a sumar más de 30.000 efectivos mandados por el general José Sanjurjo. La razón de esa concentración de fuerzas fue explicada por el general Berenguer al nuevo gobierno de Maura: no se trababa ya de reforzar un ejército (que se había evaporado), sino de crear otro nuevo y más eficaz. Y, en efecto, apenas terminada la masacre de Monte Arruit, desde Melilla se puso en marcha la nueva máquina de guerra española, que pasó casi de inmediato a la acción para detener el avance insurgente, romper el asedio de la ciudad amenazada y para reconquistar el territorio perdido. Y lo hizo tras un cambio radical en la composición, el equipamiento, la moral y hasta las tácticas bélicas del nuevo ejército, que ya no era el anterior, formado básicamente por reclutas y reservistas traídos desde la Península, que tan desastrosos logros había cosechado.

No en vano, Annual fue un punto de inflexión en las campañas militares de Marruecos porque el súbito desmoronamiento de la Comandancia General de Melilla puso de manifiesto ante todo el país las falsas premisas que sustentaban la acción militar española en Marruecos y la inadecuación de aquel ejército para cumplir su misión colonial. Por eso, desde entonces, la tarea de reconquistar la zona y castigar al culpable de Annual sería ya obra de un ejército colonial profesional, articulado por combatientes expertos, encuadrados en unidades de choque muy bregadas, básicamente la Legión auxiliada por regulares indígenas. Y fueron ellos los que aquel mismo mes de agosto de 1921, a sangre y fuego, emprendieron una ofensiva sostenida y poderosa que llevó la "guerra total" a la zona y permitió la reconquista de las zonas perdidas en durísimos combates contra los rifeños: Nador fue recuperado el 17 de agosto y Monte Arruit el 24 de octubre. Acosados por una fuerza imparable, las tropas de Abd el-Krim pronto se vieron en retirada y cometieron el terrible error de tratar de sumar a su rebelión a las cabilas de la zona francesa.

Esa extensión de sus ataques al otro lado de la frontera del Protectorado, precipitó la cooperación militar hispano-francesa que llevó adelante la ofensiva conjunta en tenaza contra la efímera República del Rif que Abd el-Krim había proclamado poco después de su victoria en Annual, para horror no sólo de todas

las potencias coloniales sino también del sultán y del naciente nacionalismo marroquí. Su anunciada caída llegaría a finales de 1925, con la ansiada operación de desembarco en la bahía de Alhucemas, que precipitaría el fin de su resistencia en la zona española, ya totalmente sofocada a principios de 1926, y la posterior rendición de Abd el-Krim ante las autoridades francesas (en mayo de ese mismo año). Para entonces, el desastre de Annual ya había generado varias consecuencias dramáticas para la historia española, que ahora nos permitimos sólo enunciar de manera sumaria.

Ante todo, en el plano militar, Annual propició un crudo, modélico y sincero análisis introspectivo de la situación del Ejército español, bien reflejado por el impresionante Expediente Picasso, que conllevó el procesamiento de varios mandos militares por su "negligencia o abandono de sus deberes" en el campo de batalla y en la planificación previa. Annual y Monte Arruit fueron vistos por casi todos como un crimen y una felonía del enemigo, sin duda. Pero sin dejar de apreciar y desvelar las responsabilidades propias del mando y tropas desplegadas en la zona, en primer lugar y de manera palmaria. Como resultado de sus pesquisas y resultados, el Consejo Supremo de Guerra y Marina condenó a los 37 jefes y oficiales imputados por el general Picasso y extendió la medida a otros 39 jefes y oficiales, incluyendo al propio general Berenguer (que hubo de cesar en su cargo de Alto Comisario). En este ámbito, la relación de deficiencias del general Picasso obraron como un auténtico revulsivo duro pero necesario que no omitió ni una sola faceta del aspecto militar (el político quedaba fuera de su jurisdicción): falta general de preparación suplida con improvisación, exceso de confianza del alto mando que generó un sistema defensivo frágil con multiplicidad de posiciones vulnerables y dispersas, desconsideración de aseguramiento de aljibes con reservas de agua o con puntos de aguada lejanos e inseguros, deficientes comunicaciones, escasez de medios de transporte, relajación de la disciplina y deberes de servicio y negligente cumplimiento del deber de oficiales y tropas que carecían de experiencia de combate y estaban poco instruidas en su cometido.

De igual modo, y en parte como resultado de esa introspección pública y descarnada, la campaña militar para hacer frente al Desastre propició la formación de un nuevo ejército colonial y profesional, un ejército que denominamos ya propiamente "africanista", muy diferente ya del peninsular por su experiencia de combate a muerte y sin cuartel, por su desconfianza hacia los políticos que habían presidido el desastre con su ineficacia y dudas a la hora de actuar resolutivamente. En este sentido, Annual fue un auténtico revulsivo para los militares españoles porque fue un hito divisorio que radicalizó sus posiciones y su resentimiento contra los enemigos rifeños, que tenían que ser aplastados por todos los medios y al precio que fuera. José Ortega y Gasset apreció ese cambio en la mentalidad y práctica de los militares con una frase bien conocida y certera: "Marruecos hizo del alma dispersa de nuestro Ejército un puño cerrado moralmente dispuesto para el

ataque". De hecho, si hasta 1921 la guerra en África evidenció las características de campañas coloniales clásicas, a partir de Annual el esfuerzo bélico se orientó en una nueva dirección, no sólo por el empleo cada vez mayor de más medios modernos (aviación, tanques, armas automáticas, incluso ocasionalmente armas químicas), sino por las nuevas concepciones tácticas y estratégicas (bombardeos aéreos, operaciones anfibias navales y terrestres, prácticas de contrainsurgencia). Y en ese proceso, el Ejército de África se convirtió en una poderosa máquina de guerra profesionalizada y altamente capacitada.

Finalmente, en el plano socio-político, Annual precipitó un clamor popular para castigar también a todos los responsables políticos del Desastre, que tuvo su eco en las Cortes, sobre todo gracias a la actividad de los diputados socialistas y republicanos. En particular, Indalecio Prieto, que proclamó el 20 de octubre una sentencia resonante: "La campaña de África es el fracaso total, absoluto, sin atenuantes, del Ejército español". No en vano, la catástrofe generó una honda conmoción política que puso al descubierto la mala preparación de los soldados para la campaña, las deficiencias materiales y formativas de las tropas encargadas de las operaciones e igualmente los casos de corrupción imperante entre jefes y oficiales que mandaban esas fuerzas y que fueron reos de incompetencia y cobardía insólitas. El alud de denuncias, por eso mismo, alentó con fuerza el antimilitarismo y la exigencia del abandono del Protectorado. En ese contexto, los partidos de la oposición antidinástica en las Cortes lograrían conformar una Comisión de investigación de responsabilidades que no tardaría en subrayar la íntima conexión entre el general Fernández Silvestre y el rey Alfonso XIII, apuntando bien a la culpabilidad de este último por las precipitadas decisiones del otro, bien a la imprudente intromisión del rey en las operaciones y sin consulta con sus ministros responsables y jefes de gobierno civiles.

En definitiva, y para terminar, no cabe duda de que Annual y sus repercusiones, en la forma de la campaña de búsqueda de responsabilidades por la tragedia humana y militar, propiciaron el contexto para la quiebra final del sistema liberal-parlamentario de la Restauración, al socavar la hegemonía y legitimidad de sus partidos y de sus líderes (incluyendo al propio rey). Y, a la par y de manera correlativa, Annual y sus repercusiones fueron creando el clima para que reapareciera, firme y seguro, un nuevo protagonismo político e institucional del Ejército español. Era un renacido militarismo pretoriano que llevaría, en septiembre de 1923, a la implantación de la primera dictadura militar de la historia de España en el siglo xx: la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, con patrocinio real, una de cuyas primeras decisiones fue precisamente disolver la comisión de responsabilidades por la tragedia (y meses después, amnistiar a la mayoría de los condenados, incluyendo a los generales Berenguer y Navarro).

Como colofón a esta exposición que ahora termina sobre el significado e implicaciones históricas del Desastre de Annual, nos permitiríamos recomendarles

a todos ustedes, si tienen interés en profundizar en esta temática, que acudan a la consulta del "Espacio Temático: Annual 1921" que han preparado con su habitual maestría los documentalistas de esta casa, la Real Academia de la Historia. Está disponible para consulta libre en el portal de la corporación en el siguiente enlace: www.rah.es/annual-1921/. Ante todo, porque en el mismo hallarán no sólo una detallada descripción de los resultados decantados por la investigación histórica más actualizada y ponderada, sino también los materiales informativos, la prensa de la época, los informes oficiales, la literatura secundaria, y otros documentos primarios sobre los que ha venido trabajando la historiografía para ofrecer una explicación veraz, fundada y comprensiva de lo que fue y representó aquel Desastre militar y humano sucedido hace ahora justamente 100 años.

Muchas gracias por su amable atención.

Enrique Moradiellos
Real Academia de la Historia

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Albi de la Cuesta, J. *En torno a Annual*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2016.

Allendesalazar, J. M. *La diplomacia española y Marruecos, 1907-1909*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional, 1990.

Bachoud, A. *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Madrid: Espasa Calpe, 1988.

Balfour, S. *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos, 1909-1939*. Barcelona: Península, 2002.

Boyd, C. P. *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Madrid: Alianza, 1990.

Caballero Poveda, F. "Marruecos. La campaña de 1921. Cifras oficiales". *Ejército. Revista de las armas y servicios*. 522 (1983), pp. 81-94.

Campos, J. M.ª. *Protectorado de España en Marruecos. Héroes y villanos*. Granada: Almed, 2017.

Camus Bergareche, B. y Scicolone, A. (editores). *Annual. Ecos de la última aventura colonial española*. Madrid: Libros de la Catarata, 2021.

Carrera, J. M. *El emir del Rif. Abd El Krim o la rebelión*. Barcelona: Laetoli, 2021.

Fleming, S. E. *Primo de Rivera and Abd el Krim. The Struggle in Spanish Morocco, 1923-1927*. Madison: University of Wisconsin, 1974.

Fontenla Ballesta, S. *La guerra de Marruecos, 1907-1927. Historia completa de una guerra olvidada*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2017.

Francisco, L. M. *Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el Desastre de Annual*. Barcelona: Crítica, 2014.

Gajate Bajo, M.ª. *Las campañas de Marruecos y la opinión pública*. Madrid: UNED e Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2012.

- "El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública, 1902-1923". *Revista Universitaria de Historia Militar*. 16 (2019), pp. 82-103.

Leguineche, M. *Annual 1921. El Desastre de España en el Rif*. Madrid: Alfaguara, 1996.

La Porte, P. *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea, 1921-1923*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001.

- "El laberinto marroquí, piedra de toque de liberales y autoritarios, 1912-1926". *Hispania Nova. Revista de historia contemporánea*. 20 (2022), pp. 692-736.

- "El Desastre de Annual: ¿un olvido historiográfico?". *Cuadernos de historia contemporánea*. 19 (2006), pp. 53-74.

- "Marruecos y la crisis de la Restauración, 1917-1923". *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*. 63 (2006), pp. 53-74.

López Barranco, J. J. *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos*. Madrid: Mare Nostrum, 2006.

Losada, J. C. *Historia de las guerras de España*. Barcelona: Pasado y Presente, 2015.

Macías Fernández, D. *Franco "nació en África". Los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid: Tecnos, 2019.

- "Las campañas de Marruecos, 1909-1927". *Revista Universitaria de Historia Militar*. 3 (2013), pp. 58-71.

- (coordinador). *A cien años de Annual. La guerra de Marruecos*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2021

Madariaga, M.ª R. de. *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Madrid: Alianza, 2005.

- *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*. Melilla: UNED Centro Asociado, 2000.

Martínez Reverte, J. *El vuelo de los buitres. El Desastre de Annual y la guerra del Rif*. Madrid: Galaxia Gutenberg, 2021.

Morales Lezcano, V. *El colonialismo hispano-francés en Marruecos, 1898-1927*. Granada: Universidad de Granada, 2015.

- *España y el Norte de África. El Protectorado en Marruecos, 1912-1956*. Madrid: UNED, 1984.

- *Historia de Marruecos. De los orígenes tribales y las poblaciones nómadas a la independencia y la monarquía actual*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006.

Muñoz Lorente, G. *El Desastre de Annual. Los españoles que lucharon en África*. Madrid: Almuzara, 2021.

Nerín Abad, G. *La guerra que vino de África*. Barcelona: Crítica, 2005.

Ñúñez Florencio, R. *Militarismo y antimilitarismo en España*. Madrid: CSIC, 1990.

Oteyza, L. de. *Abd-el-Krim y los prisioneros*. Barcelona: Ediciones del Viento, 2018 (edición original de 1922).

Pando Despierto, J. *Historia secreta de Annual*. Madrid: Temas de Hoy, 1999.

Payne, S. G. *Los militares y la política en la España contemporánea*. París: Ruedo Ibérico, 1968.

Puell de la Villa, F. *Historia del Ejército de España*. Madrid: Alianza, 2005.

Rubio, A. *El Desastre de Annual a través de la prensa*. Madrid: Libros.com, 2022.

Sánchez Bueno, L. C. "Semblanza de un soldado extremeño en el Desastre de Annual: Vicente Sánchez Marcos". *Revista de Estudios Extremeños*. 74, 3 (2018), pp. 1869-1902.

Servicio Histórico Militar. *Historia de las campañas de Marruecos*. 4 volúmenes. Madrid: Servicio Histórico Militar, 1947-2007.

Sueiro Seoane, S. *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la "cuestión marroquí", 1923-1930*. Madrid: UNED, 1992.

Velasco de Castro, R. "De periodistas improvisados a golpistas consumados: el ideario militar africanista de la Revista de Tropas Coloniales, 1924-1936". *El Argonauta español*. 10 (2013), pp. 1-9.

- "La lucha anticolonial en el Protectorado español según la historiografía marroquí: Raisuni y Abelkrim". *Revista Universitaria de Historia Militar*. 16 (2019), pp. 41-60.

Villalobos, F. *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*. Barcelona: Ariel, 2004.

Woolman, D. S. *Abdel-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona: Oikos Tau, 1971.